

que ésta intuición es "a la par ontológica y axiológica" y que "... Contrastado con la potencia pasiva, el acto es lo mejor, y tanto más cuanto menos tenga de aquella, de suerte que en el Acto Puro ser y valor se identifican, ambos en su más alto momento". Quizá si nosotros tuviéramos que hacer la elección a que se ha obligado el Dr. Gómez Robledo, escogeríamos la intuición dialéctica de la que es corolario el Acto Puro.

No podía faltar en una traducción Aristotélica efectuada por pensador católico, la consiguiente acometida contra Kant, que ha hecho "... tragar a los filósofos cosas enormes que jamás habrían engullido de habérselas dado otro que un filósofo alemán". Y estas enormidades son la confusión, según nuestro comentario "entre el eudemonismo de Aristóteles y el hedonismo de Aristipo", y la de ser una "sombria y grandiosa ética del Deber", propia de la sociedad burguesa corrompida que no "ha conocido otras vivencias que la del placer sensual llevado hasta la exasperación o la del deber sin límites al servicio de una comunidad que le reclama todo sin molestarse en persuadir a la inteligencia". Es innecesaria la apelación que Kant hizo de la libertad y de la necesidad de Dios, que seguramente, el Dr. Gómez Robledo ha querido olvidar.

Volvemos a nuestro principio para reiterar nuestro agradecimiento por esta traducción limpia y legible, sin que olvidemos que *si los hombres son amigos, está de más la justicia*.

MAURICIO MAGDALENO, *El ardiente Verano*. Letras Mexicanas, 17. Fondo de Cultura Económica. México, 1954. 238 pp.

Integran este volumen trece cuentos, el primero de los cuales da su nombre al libro. El nombre del autor está ya consagrado como novelista y cuentista, pues desde hace cosa de veinte años viene cultivando el relato, con éxito parejo en sus distintas manifestaciones.

Los temas que el autor prefiere son los que están conectados con la Revolución mexicana, que tan copiosa bibliografía ha acumulado. Y como para mostrar que el venero tiene aún mucho de utilizable, en ocho de los cuentos agrupados en este libro, Magdaleno utiliza asuntos que giran alrededor del fenómeno revolucionario. "Las víboras" y "Palo ensebado" se desarrollan en los tiempos inmediatamente anteriores a la lucha armada, en ese campo tranquilo pero explotado, en que se escribieron tantas his-

torias de ignominia y explotación. En ellos se destaca, por encima de todo, el carácter firme, austero, de entereza masculina, pero también feudalista y cruel, de dos hacendados poderosos. En verdad su tamaño se acerca mucho a las dimensiones de los personajes centrales, por el trazo firme y sostenido con que están dibujados y que les hace predominar en cierto sentido sobre todos los demás. "Cuarto año", "Las carretelas", "El caimán", "El héroe de Peñuelas", "Teponaxtle" y "Leña verde" tienen por escenario a Aguascalientes y a otras poblaciones pequeñas del centro del país; todos tienen algo que ver con algún episodio de la lucha, con la Convención revolucionaria o con la rebelión llamada de los cristeros, es decir, todos ellos están dentro de la órbita de la Revolución. En cambio, se sitúan en época posterior y podrían denominarse urbanos "Estrellas de noviembre", "Pasos a mi espalda" y "Viernes Santo en Ixtapalapa"; "El ardiente verano" tiene su inspiración en la aventura de los mexicanos desarraigados de su país que se instalan en Estados Unidos de Norteamérica y es, junto con algún otro, el único que presenta un desenlace feliz.

El mérito mayor del libro reside en la estructuración de las narraciones. El autor domina la técnica del relato y tiene un sentido muy justo de las proporciones. Nunca queda la acción en el aire, ni deja de pesar esa conexión interna que presta unidad a cada obra y que tan difícil es de alcanzar, porque implica el dominio cabal de los personajes y su ubicación exacta en la trama así como la intensidad y duración de los episodios. En este sentido el control de la pluma es completo, y lo mismo sucede en la conclusión que en cada caso se siente en su lugar y que resuelve, cuando el desarrollo del cuento lo exige así, las complicaciones que han ido surgiendo al correr de la trama.

Entre los personajes hay de todo: hacendados de porte y comportamiento señoriales, campesinos subyugados a un amo, o levantados en armas que sufren el rigor del bautismo de fuego; maestros de escuela, alumnos a punto de salvar la barrera definitiva que separa a la niñez de la adolescencia, soldados de fortuna, bandoleros, hombres de empresa, fonderos y quincalleros, etc., lo que en cada caso presta variedad a las escenas aunque coincidan a veces los escenarios y, también, la dimensión espiritual propia de cada personaje que siempre es determinante. Nadie puede dejar de lamen-

tar, aunque sólo sea en su fuero interno, la fatalidad que abate la vida apasionada del oficial Redín, ni de aplaudir la entereza del mayor Máximo, personaje que merece ser el protagonista, ya no de un cuento, sino de una novela.

Por lo general, en estos cuentos campea la miseria, que con mucha frecuencia se complica con la embriaguez y que casi siempre se resuelve en una o más muertes, como sucede con más regularidad que la debida en este tipo de producción de la literatura hispanoamericana. ¿Será que estamos todavía tan dentro de una etapa de violencias que el cuento y la novela no pueden librarse de ella? ¿Acaso nuestras miserias se agotan sólo en la muerte? ¿O es que todas nuestras demás tragedias nos son perfectamente naturales? ¿Qué es lo que nos hace desembocar en la muerte como solución única y final?

El lector purista, no obstante los méritos de la obra pondrá reparos a algunas expresiones que el autor, en su afán de acercarse lo más posible a una realidad vívida y trascendente, pone en boca de sus personajes. Aparecen, por ejemplo, en "El ardiente verano", términos y aun construcciones que habrán de condenarse. Pero es que el autor los cree necesarios a fin de ofrecer en todos sus matices ese ambiente híbrido en que viven los compatriotas arraigados de aquel lado de la frontera y que, siendo mexicanos por la sangre, aspiran a disfrutar de un *status* norteamericano y han creado una categoría étnica especial de la que se enorgullecen, y que sólo abandonarían ante la inminencia de una catástrofe. Tal vez no conocen el apotegma de Martí: "Hagamos nuestro vino, y si sale agrio, es nuestro vino..."

C. V. G.

ARTEMIO DE VALLE ARIZPE, *Papeles amarillentos. Tradiciones, leyendas y sucesidos del México virreynal*. Editorial Patria, S. A. México, 1954, 248 pp.

Se trata de una serie de cartas apócrifas que creó la fantasía de Valle Arizpe apoyada en su afecto por las tradiciones, leyendas y documentos históricos del México virreinal. Los corresponsales surgen de diversas épocas. La primera epístola es la de un fraile franciscano que escribe a su familia en tiempos de la fundación de la ciudad de México, la última la redacta un tal Adeodato Lebrija, quien se queja de Fernando VII. Pero el autor del volumen iguala las caracte-

ísticas gramaticales de los diferentes redactores, a fin de facilitar su lectura. Y si en los sucesos no hay anacronismos, en cambio un mismo temple de ánimo embarga a las plumas de épocas remotas. Tienen similares puntos de vista, actitudes idénticas ante la vida, un criterio igual para juzgar las cosas de su época, así que causan la impresión de ser un solo testigo puesto en un punto del pasado, o más bien en un pretérito indefinido, y que los arcaísmos son el lugar común, la fuente retórica en que se nutren.

La virtud más desarrollada de Valle Arizpe es la catalogación de las cosas de la Nueva España, que ejerce con amor y espíritu de orden. Y divierte a los lectores en su rebusca de hechos y sucesidos curiosos que en la perspectiva del tiempo adquieren un carácter verdaderamente cómico.

El motivo principal de muchas de estas cartas es la descripción de algunos festejos públicos que tuvieron lugar para asombro de propios y extraños. Las cartas comienzan por una digresión en la que se informa sobre la salud de la familia, estado de fortuna o otras nimiedades por el estilo, para luego entrar en materia histórica. Por ejemplo, el Paseo del Pendón con el que se celebraba la victoria de los conquistadores españoles en la toma de la ciudad de México, o bien alguna fiesta religiosa, como el Corpus. Desde luego, que el lujo de detalles es la característica principal.

En otras, se reviven antiguas pasiones políticas. Así Adeodato Lebrija abunda en adjetivos peyorativos en contra de Fernando VII, lo llama bribón, menguado, marrajo y cobarde, y otras muchas cosas que constituían el color local de nuestro idioma en el siglo XIX. El criollo, Diego de Pastrana, se queja del mal gobierno de los Virreyes, se burla de la Inquisición y predice el triunfo de la causa del cura Hidalgo. Lisandro Balarezo simplemente se divierte con las pragmáticas del virrey Berenguer de Marquina, puritano que aplica todo el rigor de la ley a quienes bailan el "jarabe gatuno", baile popular que comparado con nuestros bailes modernos resulta ingenuo; pero que al Virrey le pareció muy inmoral y calificó sus movimientos de: "impúdicos, agitaciones provocativas, al son de una musiquilla bulluciosa, a cuyo ritmo acelerado se acomodaban aquellos meneos lúbricos y mi! sacudimientos de hombros y caderas, así como los grotescos ademanes, acompañados de mil gesticulaciones chistosas..." A los transgresores se les condenaba